

ÓPERA / 'El ganxo'

El pasado no siempre vuelve

El ganxo

De Josep Mestres Quadreny. Ópera de cámara en un acto con libreto de Joan Brossa. Intérpretes: Antoni Comas, Lluís Sintes, Mar Gómez, Xavier Martínez, Lívio Panieri, M. José Soler, Xevi Dorca. Orquesta de Cámara del Auditorio de Zaragoza-Grupo Enigma. Director musical: Juan José Olives. Dirección de escena: Mar Gómez. Dirección coreográfica: Xavier Martínez. Foyer del Teatro del Liceo, Barcelona, 6 de abril.

JAVIER PÉREZ SÉNZ

El ganxo es una ópera breve de Josep Mestres Quadreny y Joan Brossa, escrita en 1959 como respuesta vanguardista a los rancios espectáculos operísticos que entonces ofrecía el Liceo. La obra cargaba contra los gustos del público burgués, el mismo que sostenía el teatro de La Rambla, y, como es lógico, no llegó a ver la luz. Ha dormido casi 50 años en un cajón y ahora, irónicamente, al fin se estrena en el teatro que la rechazó, aunque no en la sala grande, sino en el mucho más modesto, e incómodo, foyer del teatro. El paso del tiempo, tristemente, ha dejado una

cruel huella en *El ganxo*, cuyo tardío estreno certifica que la carga transgresora de origen nació con la fecha de caducidad puesta.

Ver en apuros a una valquiria gordísima, enjaulada entre biombo de cristal y desesperada por satisfacer sus ansias de sexo, pudo tener efectos demoleedores en un Liceo aún hipnotizado por la legendaria visita de la compañía del Festival de Bayreuth. Ahora, como mucho, ha suscitado leves carcajadas en media docena de espectadores. La socorrida valquiria es uno de los personajes que transitan por esta ópera de cámara en un acto, sin argumento; un prólogo y cuatro escenas encadenadas por las ingenuas leyes de un teatro del absurdo que Brossa, padre de la poesía visual, aderezaba con golpes surrealistas, trucos de magia y gags.

En cuanto a la música, Mestres Quadreny, que ya había abandonado el experimentalismo serialista en esos años, despliega un variado y sutil juego de ritmos y dinámicas, de texturas y colores, haciendo gala de diver-

sas técnicas y un personal uso del *sprechgesang* de filiación *schonbergiana*. Música en todo caso sin concesiones, que habría espantado mucho al público del Liceo en los años cincuenta pero que hoy, con lo que ha llovido en música, ya no espanta a nadie. El pasado no siempre vuelve.

Las limitaciones de espacio en el foyer perjudicaron, y mucho, el serio y riguroso trabajo musical dirigido por Juan José Olives al frente de la Orquesta de Cámara del Auditorio de Zaragoza-Grupo Enigma, integrada en esta ocasión por 13 instrumentistas. Su pésima ubicación, en un lateral de la sala, aumentó aún más la sensación de que música y escena cabalgaban por senderos diferentes.

Más humor de trazo grueso que ironía destila la propuesta escénica dirigida por Mar Gómez, una coreógrafa que sabe mezclar con acierto teatro, gesto y humor en sus trabajos, y que aquí tuvo que luchar contra las limitaciones de espacio. Sin experiencia operística, Gómez se centra en la pieza de Brossa y, con

absoluta complicidad de Xavier Martínez en la dirección coreográfica, pone en pie un montaje entretenido, trufado de gags efectivos, aunque no siempre ingeniosos. Gómez, que da vida a la recauchutada valquiria, y Martínez, que hace de limpiacristales, peatón y bailarina, comparten escenario con los actores bailarines Lívio Panieri, M. José Soler y Xevi Dorca.

Sólo intervienen dos cantantes en la ópera, el baritono Lluís Sintes, que recita el prólogo y muestra, sin desmadrarse, su buen olfato teatral, y el tenor Antoni Comas (Hombre), que resuelve con talento y profesionalidad una parte vocal complicadísima, trufada de terribles saltos intervállicos y rica en efectos expresivos. Comas es, sin duda, el gran triunfador de un montaje que en la vertiente escénica no le supone muchos riesgos; acostumbrado a los espectáculos de Carles Santos, en los que ha llegado a cantar con la cabeza bajo el agua y en un columpio, tener que cantar haciendo sencillos juegos de manos es tortas y pan pintado.